Llegada a la India

Mario E. Teruggi

Antaño y ogaño

Durante la alta antigüedad, y más particularmente durante la Edad Media, cuando los escritores querían señalar que algún personaje había adquirido el máximo de celebridad y gloria solían decir que era conocido en la India. Según lo señala Curtius, esto se debía a que, en aquellas épocas, la India era el confín más remoto de la humanidad, pues la China sólo fue revelada al mundo por el libro de Marco Polo (*circa* 1.300). Pero fuera de las razones geográficas, parecería que la India —sea por algún elemento mágico de su nombre, sea por causas más profundas que no es posible analizar— ha ejercido siempre un influjo inexplicable sobre las imaginaciones occidentales.

Actualmente, el esquema medieval podría usarse a la inversa: más que ser conocido en la India, interesa conocer a la India. Para la inmensa mayoría de la población mundial, la posibilidad de realizar este viaje es casi tan remota como la de alcanzar la celebridad elogiada por los panegiristas del medioevo. Casi toda la humanidad carece del dinero o del ocio —o ambos— necesarios para poder cumplir tan larga peregrinación (larga para los europeos; para los sudamericanos, larguísima). Apenas unos puñados de escritores, filósofos, científicos, artistas, diletantes culturales y turistas adinerados logran pisar el suelo hindú cada año. Para el resto del mundo, la India es un símbolo hechizante, inasible e inefable, aunque todos saben que representa *algo*. Y cuando una raza, un país, una comarca, con la sola mención de su nombre posee el poder encantador de provocar un estremecimiento íntimo, ello significa, sencillamente, que de alguna manera recóndita forma parte de la carne imperecedera de la humanidad. Todo hombre lleva en sí —lo sepa o no— una porción que ha sido contribuida por la India, al igual que contiene partes de origen griego, romano, egipcio, fenicio, etcétera. Lo que no siempre se alcanza es el estado de conciencia sobre esas diversas fracciones componentes.

Preparación para la India

Cualquier persona culta que esté por partir para la India siente que comienzan a despertarse en ella viejos recuerdos que creía olvidados, verdaderos fósiles de la memoria. Quizá, lo primero que surja a la luz de la reminiscencia sea el legendario rey Poro, oponiéndose con sus mana-

das de elefantes al victorioso Alejandro el Grande, cuyos soldados retornarán al solar griego con las pupilas deslumbradas ante la civilización hindú. O tal vez emerjan retazos de la vida del Gautama Buda, aquél que seccionaba lazos humanos para mejor hundirse en la humanidad, que es una de las formas más directas de llegar a lo divino. O bien, si el presunto viajero tiene buenas bases científicas, es posible que evoque la "tierra de Gondawana" —así llamada por los dravídicos *gonds* o *gondi* que habitaron las forestas de India peninsular—, ese enorme continente que, según los geólogos, comprendió en su masa no sólo a la India meridional, sino también a Sud África, América del Sur y Antártida. Restos de plantas y animales, esparcidos por tierras hoy distantes, son testimonios de la unidad geológica que reinaba hace unos 300 millones de años. Da escalofríos pensar que en los avatares geológicos la península india estuvo viajando y vinculándose con los otros continentes, hasta llegar a su sitio actual, como un bajel gigantesco cuya proa se empotró finalmente en el vientre de Asia y con su empuje originó las arrugas de las cadenas del Himalaya...

Tras estos primeros recuerdos, si la cultura del viajero lo permite, viene todo lo demás: los Vedas, el Ramayana y el Mahabharata, los Puranas, el arte hindú, la religión, la historia... El todo evocado, a su vez, se liga con lo actual y un panorama de siglos ininterrumpidos desfila como ejemplo, prácticamente único junto con el chino, de un pueblo identificado con el tiempo. Caso extraordinario de permanencia en la sabiduría.

Es evidente, entonces, que todo viajero culto tiene por lo menos un mínimo de información suficiente para "comprender" a la India. Pero estos conocimientos básicos, aunque se hayan profundizado, resultan insuficientes; sería el caso de algún lector curioso que, habiendo estudiado con ahinco física nuclear o botánica, se encontrara de pronto ante un ciclotrón o en una densa selva. Comprendería por fin que sus conocimientos son únicamente una parte de la realidad total y que para aprehender a ésta se requiere mucho más que la información espigada en los textos. Y la India es precisamente eso: un aparato complicadísimo o una jungla inmensa que desconciertan a quien los ha estudiado "desde afuera". Para compenetrarse de lo hindú no es posible olvidar que el aprender sin identificarse con lo aprendido es actividad de brillo intelectual, pero que en nada conduce a "sentir" la realidad. Por esta vía se llega a los fútiles devaneos mentales de un Fradique Mendes.

Sensibilidad ante la India

Pero, además de este problema de la compenetración, cabe señalar que la India no es explicable intelectualmente, como tampoco lo son buena parte de los hechos humanos, desde las guerras hasta el amor. Es evidente que a la India no se puede llegar por la vía única del raciocinio. En primer lugar, porque es demasiado compleja para que puedan abarcarse todas las múltiples variables. En segundo lugar, se requiere la capacidad espiritual para dejarse ir, para permitir ser impregnado como una pila de paños por una gota de aceite, en una mancha insensiblemente creciente, hasta que el ser se sienta empapado por completo. Esta impregnación hindú requiere oportunidad, tiempo y permeabilidad; y aun con estas condiciones dadas, existen puntos y sectores densos —herencias de otras culturas— por donde la penetración es difícil. Pese a esto, si el viajero lucha por no luchar —aparte paradoja que, sin embargo, anula la resistencia—, consigue al fin el derrame del óleo hindú por sus telas resecas.

Llegar a la India, por lo tanto, es simplemente abandonarse, cesar de intelectualizar y de aplicar escalas de valores foráneos. No es posible cazar mariposas con un cañón: la finura y delicadeza de esas vidas sólo se aprecia en el vuelo o, a lo sumo, en el hueco acogedor de la mano. Llegar a la India es pisar la pista del aeropuerto de Nueva Delhi, caminar a las tres de la mañana hacia los edificios aduaneros, respirar el aire helado y sentir de pronto que no es un aeródromo más, que se ha alcanzado al punto final de los viajes. Llegar a la India es hallarse rodeado por una banda de chiquillos pedigüeños —aun a esa hora tardía—, es avanzar en un ómnibus pequeño por las calles de una ciudad que se esconde misteriosamente en la campiña, es acostarse en otro hotel más y dormirse pensando en la mañana. Todo igual que en cualquier parte, pero de alguna manera se ha hecho distinto. La diferencia puede ser externa o puede hallarse en nosotros. En cualquier caso, se debe a la India: algo ha cambiado en torno nuestro o ya hemos cambiado nosotros.

La India del viajero que estará en ella unos pocos días —como es el caso más frecuente—, consiste solamente en epidermis, al igual que cualquier país que se visita apresuradamente. Pero la piel misma es aquí diferente: existen las habituales impresiones que sorprenden, pero además hay otras que, con todo dulzor, se adhieren al alma con tenacidad indescriptible. Está la del muy joven sikh que, en el jardín de la tumba de Humayún, se acerca a conversar con los extranjeros, les habla de su carrera de ingeniero, de sus aspiraciones y de su noviazgo, termina por invitarlos a cenar a su casa y se aleja al atardecer para penetrar en el templa cercano. Está el adivino, que gana su sustento con buenaventuras rosadas para turistas crédulos pero que, inesperadamente, mira al cliente y le dice con su inglés entrecortado: "Time is slow"; con lo que la calle se llena de inmensidad. Está el crepúsculo que cae sobre el Qutab Minar y sus ruinas vecinas, en tanto que una mujer argentina se aleja por el parque calmo para sentarse en un banco a fin de no quebrar su emoción. Están los grupos de hombres que, en cuclillas, forman corros en los parques y conversan durante horas sin siquiera mirar a los curiosos que se detienen para observarlos. Está una joven esposa, en un sari increíblemente verde, que se apoya contra una columna del palacio y, a través del Jamuna, contempla ensimismada el Taj Mahal y su reflejo sobre el agua, en tanto el lente fotográfico del viajero capta la escena que parece no conocer el tiempo.

Todas estas vistas van ensamblándose para formar la gigantesca piel de la India. Son las escenas corrientes, pintorescas o singulares, que acaecen en cualquier parte del mundo, salvo su sabor típico local; pero aquí se las contempla con otros ojos, por predisposición o por la sensibilización ya mencionada del espectador. Son las cosas del presente, de la vida actual; junto a ellas, sin interferir ni chocar, con actualismo de eternidad, están las obras de la vida anterior, como partes de una única corriente que se observa desde distintos sitios, un río cambiante a cada segundo, pero siempre el mismo: fuertes, palacios y monumentos; esculturas, relieves y pinturas. Con ellas, si hay sensibilidad en el viajero, comienza a penetrarse debajo de la piel de la India y por esta vía puede incluso llegarse a planos realmente profundos, en los cuales el arte, la filosofía y la vida se amalgaman de manera perfecta.

Profundización de lo hindú

Todo esto no es más que lo visible, lo palpable, pero el viajero no puede ahondar más. Sabe, sin embargo, que no ha

llegado a los órganos vitales del ser hindú. Para ello, habría que estar allí mucho más tiempo, haría falta equiparse con un idioma o una técnica que permitiera el establecimiento de comunicaciones más directas y, por sobre todo, sería menester dedicarse a estudiar, meditar y sentir. La partida de la India y el retorno a sus actividades habituales, cierra para el viajero este portal apenas entreabierto; mas por él se ha colocado un aroma delicioso y pacíficamente balsámico que será muy difícil olvidar.

Existen, sin embargo, riesgos de incomprensión, especialmente si el viajero que llega pretende juzgar en base a lo que él conoce de su país. Toda comarca nueva parece absurda u hostil a los ojos no acostumbrados a ella. En general, quien ha permanecido en la India unos pocos días sale acongojado y desolado por la miseria que puede observar en las ciudades populosas. Estas imágenes, para él brutales, le impiden "saborear" el país. Pero ellas no son más que otro aspecto de la gigantesca epidermis; si se hubiera detenido un tiempo más, junto con el acostumbramiento a lo insólito quizá llegara a comprender que eso no es más que Maya, la personificación de la irrealidad de las cosas terrenas. Si logra efectuar la perforación de la envoltura decepcionante, está ya en la senda que lleva a la comprensión de la India. Esto aparte del hecho de que todo viajero sensible no debe ignorar que jamás se termina de captar a un país, cualquiera sea éste; las impresiones que de él se forme varían con la permanencia y a veces una semana más o menos puede provocar cambios notables en los enfoques y los juicios. Sea cual fuere su reacción ante lo hindú, no podrá evitar sentir que ha estado en contacto con un sector hondísimo de la humanidad, al cual nadie es enteramente ajeno, por más extraño que se le presente. Y tras el retorno, luego de un tiempo, notará que la India comienza a crecer en él: la fecundación indescriptible comienza a dar sus frutos.

Llegar a la India, entonces, significa no perderse nada de lo visto y sentido, no desaprovechar ni siquiera los desperdicios inevitables que el país ofrece. El viajero tiene que aprender a contemplar los múltiples rostros extraños, sin otro objeto que familiarizarse con ellos; puede sucederle que un día, en el Connaught Place, se cruce con una joven cuyos ojos rasgados son idénticos a los de una apsara esculpida en el siglo V antes de Cristo, por las manos ignotas de un maestro gupta. Puede ser que un cuervo saltando y picoteando en la acera o un barbero que cumple su oficio bajo un árbol en plena calle se preñen de significados y emociones imprevistos. Y así arribará el día en que el humillo acre de los atardeceres, que produce picor en la garganta, sea en sus recuerdos una parte tan importante de la India como sus stupas y sikharas.

Sólo entonces habrá llegado a la India, para encontrar que la llegada es allí iniciación del viaje.